

hispanófila y católica que ha servido de cimiento para la reproducción de la clase política colombiana desde los inicios republicanos hasta hoy.

Escrita en otras coordenadas intelectuales y muy en sintonía con la llaneza de los historiadores estadounidenses, esta biografía no contiene un análisis generoso del pensamiento político de Uribe Uribe; hay una propensión, nada despreciable, a ver al biografiado en acción, lo cual sacrificó la posibilidad de analizar, en los escritos del dirigente liberal, determinados conceptos centrales en esa misma acción política. Por ejemplo, hubiese sido interesante un análisis de la categoría *pueblo* por parte de quien se fue consolidando como uno de los más ostensibles jefes de una de las facciones del liberalismo en Colombia. Tampoco hay un análisis, siquiera somero, del vínculo del radicalismo liberal de fin del siglo XIX y las formas de disidencia política religiosa con las cuales, presumiblemente, tuvo algún contacto el propio Uribe Uribe.

En fin, al biógrafo le faltó mayor esfuerzo para reconstruir discusiones y conflictos decisivos entre la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años de la siguiente centuria. Es muy lacónica la caracterización del enfrentamiento de Uribe Uribe con la tendencia político-intelectual representada por Carlos Arturo Torres, ni siquiera se refiere, de paso, a las ideas centrales que promovió el autor de *Idola fori*. La presentación del momento de la Unión Republicana también es muy parca y poco se detiene en lo que fue la Asamblea Constituyente de 1910, primera gran reforma de la Constitución de 1886. A eso se agrega el tratamiento muy marginal del pensamiento político del biografiado, sobre todo en la fase que encontraba algunos puntos de conciliación entre el liberalismo y el socialismo.

A pesar de esas carencias, esta es, por ahora, la mejor biografía histórica con que podemos contar, tanto para entender el periplo del dirigente liberal, como para entender la situación del liberalismo en los tiempos de la Regeneración. El investigador estadounidense dispuso de un acervo documental poco frecuentado y muy rico en información sobre el personal

político colombiano de los tiempos de la llamada Hegemonía conservadora; las colecciones documentales que por mucho tiempo estuvieron salvaguardadas por el Archivo de la Academia de Historia y que luego pasaron al Archivo General de la Nación contienen, por ejemplo, epistolarios, memorias y manuscritos que testimonian acerca de lo que estaba en discusión en los primeros decenios del siglo XX.



La biografía histórica sigue siendo un género de escritura que la historiografía colombiana mira con reserva, casi con desprecio. Malos ejemplos abundan, es cierto. Tropezamos con frecuencia con ensayos biográficos que nos revelan mucho de la personalidad y de las adhesiones o antipatías del autor de la biografía y nos dicen muy poco del biografiado; también hemos creído, de manera errónea, que la biografía es ocupación de historiadores aficionados o de literatos, y que el historiador serio y riguroso debe huírle a estos ejercicios de escritura. Hoy, con dificultad, pero con acierto, se ha ido entendiendo que la biografía es otra cosa; que es una escritura liminar, sí, pero que ha pertenecido a una larga y respetable tradición de escritura histórica, que es una escala de observación o, mejor, una perspectiva narrativa basada en el itinerario individual. A partir de esa perspectiva se inicia un ejercicio de reconstitución histórica que suele restablecer relaciones en que el individuo estuvo inmerso y que en muchas ocasiones ese paisaje de relaciones es más importante que el individuo mismo que ha servido de buen pretexto reconstructivo. La biografía no se acaba en el relato de

una historia individual. La vida del individuo es apenas un buen pretexto documental y narrativo para dar cuenta de las determinantes de una época. Por eso, la biografía reclama densidad y profundidad, culto al detalle. Esta biografía sobre Rafael Uribe Uribe es consistente, pero adolece de la falta de esos elementos que acabo de señalar, es superficial y rápida en varios pasajes. Pero, por ahora, es lo más serio que tenemos entre manos; una joven historiografía como la nuestra pronto superará vacíos de esta naturaleza.

Gilberto Loaiza Cano

El poder era (y sigue siendo) un asunto de familias

“De la primera sangre de este reino”. Las elites dirigentes de Santa Fe (1700-1750)

AINARA VÁZQUEZ VARELA
Editorial Universidad del Rosario,
Bogotá, 2010, 383 págs., il.

EN LA historiografía universitaria colombiana ha decaído el interés por los estudios sobre el periodo colonial y apenas en tiempos recientes ha habido una inclinación por establecer nexos explicativos entre ciertos sucesos del siglo XVIII y lo acaecido en las primeras décadas del siglo XIX. Algunos, con acierto, han visto que hay una elongación temporal de transición desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta por lo menos 1830. Un periodo que la historiografía europea ha sabido examinar en obras ya clásicas. Ir un poco más atrás es ahora muy excepcional y se corre el riesgo del aislamiento. Por eso, un libro que analiza juiciosamente un asunto anterior hay que tomarlo como un tesoro en estos tiempos de preocupaciones más contemporáneas.

El libro no es pretencioso; la autora partió de una preocupación muy limitada y hasta provinciana, pero luego se dio cuenta de que tenía entre manos algo que merecía mayores y mejores preguntas para resolver. Había empezado por averiguar la

presencia de navarros en la administración de las colonias americanas y terminó deteniéndose en “el análisis de los miembros de las altas instancias rectoras de Santa Fe y su inserción en los organismos de gobierno” (pág. 14). Pero es más que eso, es el examen del funcionamiento del poder en tiempos coloniales en la capital de un débil virreinato. Y a ello se agregan otros atractivos: estudia un periodo escasamente informado y desafía la escasez de documentos. En estos tiempos de saturación historiográfica en el siglo XIX, un estudio monográfico detenido en la primera mitad del siglo XVIII resulta ser una excentricidad, una rareza. Sin embargo, tal rareza es de enorme utilidad porque transmite con detalle cómo estaba organizado o, mejor, cómo era disputado el campo del poder; cómo funcionaba o trataba de funcionar un Estado con su personal burocrático antes de que el Imperio español se afanara por una reconquista administrativa de sus colonias americanas. Y quizá más, cuál era la índole de ese Estado y sus ramificaciones en un imperio que intentaba tener el control de sus colonias.

También es una rareza porque no hay grandes estudios antecedentes que amparen o guíen este libro. Hay algunas obras ya lejanas en el tiempo que proporcionan datos que, a la luz de esta investigación, se vuelven cuestionables. A medida que avanza la obra, se acumulan constataciones que revalúan afirmaciones historiográficas que pueden tomarse, desde ahora, como parte del inventario de lugares comunes que ha sido necesario remover. Estamos, en consecuencia, ante una verdadera novedad sustentada, además, en la combinación afortunada del método prosopográfico, de la construcción de una base de datos, del estudio de casos individuales situados en las redes sociales de la época, del recurso genealógico. Todo esto le permitió a la autora poner de relieve lazos de parentesco, de amistad o de vecindad; formación intelectual, nobleza por nacimiento, estatus socio-racial, en fin. La fisonomía del poder virreinal en el Nuevo Reino de Granada, en la primera mitad del siglo XVIII, ha quedado bien analizada en esta obra.

El libro de Ainara Vázquez Varela está organizado en cuatro capítulos.

El primero está consagrado al examen de las instituciones de justicia y gobierno en la Audiencia de Santa Fe; hay una caracterización de cada cargo, desde el más elevado hasta el más bajo pero, sobre todo, hay un examen histórico de lo que fueron las funciones, las procedencias, la formación académica, los nexos familiares, las experiencias previas, los procedimientos y conflictos para acceder a cada cargo. El siguiente capítulo se detiene en el “ilustre Cabildo de Santa Fe” y lo analiza según sus oficios electivos y sus oficios vendibles o renunciables; los primeros eran, por ejemplo, los alcaldes ordinarios, los alcaldes de Santa Hermandad, procurador general, mayordomos. Tener el control de los cargos elegibles en el Cabildo fue una de las prioridades de la elite santafereña, según bien demuestra la autora. En el tercero examina la composición y funcionamiento del Cabildo catedral; aquí hay, al inicio, una mirada más panorámica acerca del arraigo de este tipo de corporación en América y luego se concentra en la especificidad del cabildo eclesiástico en Santa Fe, entre ellas la quizá más llamativa es que nunca fueron cubiertos todos los puestos. Se agrega un dato relevante: más del 85% de los capitulares que ejercieron durante esta época eran de origen criollo. Y el último, a manera de síntesis, analiza los enfrentamientos entre grupos de poder, los conflictos por indefinición de competencias.

Vázquez Varela ha hecho examen de toda la pirámide de funcionarios que representaron, en la primera mitad del siglo XVIII, el poder administrativo de la Corona española en la ciudad de Santa Fe. Ese lapso de tiempo ha sido conocido, hasta ahora, como la edad de la impotencia del Imperio español en América, cuyo reflejo era el predominio del personal criollo en los cargos públicos. En este libro queda desmentida esa afirmación que era un lugar común casi inamovible. En el cargo de oidores, por ejemplo, apenas cuatro de veintidós fueron criollos y, además, otra constatación importante: todos los oidores nombrados para la Audiencia de Santa Fe tenían estudios universitarios y algún grado de formación en estudios de Derecho. Queda claro gracias a este

estudio que durante la primera mitad del siglo XVIII fue mayoritaria una burocracia peninsular; ahora bien, entre esos burócratas venidos de España y las familias criollas se establecieron alianzas con beneficios recíprocos; los funcionarios peninsulares aseguraban autoridad e influencia para el ejercicio de sus cargos, mientras que las familias criollas garantizaban una representación más eficaz de sus intereses ante las autoridades del imperio. Siguiendo el análisis que la autora hace de los oidores, podemos entender que sus funciones eran determinantes; eran principalmente jueces, pero también debían “controlar las cuentas de la real hacienda, supervisar los remates de los arriendos de las rentas (pág. 62)”. Pero concluye otras cosas quizá más interesantes: los oidores eran unos burócratas de carrera, venían en su mayoría de reunir méritos y tiempo en cargos menores y, al final, tenían una prolongada trayectoria en la condición de oidores. Eso habla de cierta estabilidad del ejercicio del poder, de ciertas reglas de acceso y ascenso en la estructura de la burocracia colonial, también de condiciones necesarias para acceder a unos cargos y de un capital simbólico acumulado que sirvió, entre otras cosas, para señalar la distinción o el rango de un funcionario.



El Virreinato del Nuevo Reino de Granada fue endeble; fue erigido con dificultad y según exigencias de la coyuntura. En 1717 fue establecido por razones económicas y luego, en 1739, fue reinstaurado por necesidades militares. De hecho, el cargo de virrey fue otorgado a individuos de vasta trayectoria militar en la Península Ibérica. Y el cargo de virrey

también fue endeble; constatación nada despreciable puesto que el álder del rey, su máximo representante en las colonias de ultramar, era una autoridad cuestionada, muy relativa, que tuvo que competir y discutir su posición con los presidentes de la Audiencia. A eso se agrega el hecho de que uno de esos virreyes, Sebastián de Eslava, no residió en Santa Fe durante su gobierno. Lo dice la autora en las conclusiones, el territorio neogranadino no fue un lugar estratégico para la Corona española y sus funcionarios o emisarios pasaron por el Nuevo Reino de Granada con poca convicción. No tenían el gran anhelo de hacer carrera administrativa en este territorio y les bastaba con que la estadía les sirviera de trampolín para mejores nombramientos posteriores. Así sucedió con el mencionado virrey Eslava.

Aunque Ainara Vázquez deja la pregunta, el libro alcanza a presentar evidencias fuertes de la existencia de una burocracia de carrera. No fueron, en su gran mayoría, nombramientos o ascensos improvisados y arbitrarios. Aunque tuviesen algún peso las intrigas palaciegas, era de todos modos importante acumular años y méritos en cargos menores para poder acceder a cargos que constituían, muchas veces, el premio a una larga y trajinada carrera al servicio del imperio. No eran, tampoco, funcionarios impreparados, la formación intelectual era premisa que tenía su particular incidencia en la definición de un tipo de personal indispensable en la administración de los dominios de la Corona.

La historiadora no se preocupa por sacar grandes conclusiones y cada capítulo hubiese merecido un cierre crítico. Aun así, la autora proporciona un minucioso estudio del funcionamiento de un complejo aparato administrativo; de la relación de las jerarquías con los funcionarios de menor rango y cómo los funcionarios subalternos eran la mejor y muchas veces la más auténtica expresión del Estado monárquico; la elite burocrática, afirma la historiadora, muchas veces fue ajena e ignorante de los conflictos lugareños de todos los días. También examina las causas de las disputas entre presidentes de Audiencia y oidores; de las disputas de

estos funcionarios con el virrey de turno. Igualmente, se detiene a explicar el peso del mérito en las trayectorias de estos funcionarios y su contraste con la importancia de las relaciones de parentesco, con el grado de vínculo con los apellidos de familias poderosas en Santa Fe. Un asunto clave en la estabilidad de algunas instituciones estuvo en el arraigo del funcionariado y en sus lazos con la elite local. Uno de los capítulos es provocativo al respecto y describe muy bien una “república de los cuñados”. Aunque la palabra república no sea quizá la apropiada para el momento, sí alcanza a insinuar lo que Vázquez Varela explica: “pocas familias emparentadas entre sí que formaron una oligarquía compacta que controlaba el ejercicio del gobierno municipal en su provecho” (pág. 181). Retrato del poder político en la Santa Fe de la primera mitad del siglo XVIII y buen dato antecedente para entender las pugnas entre facciones de ese siglo y del siguiente, incluyendo, por supuesto, los enfrentamientos durante el proceso de Independencia. Muchos cargos no tenían mayor atractivo económico, pero eran fuente de honor, de prestigio personal, de influencia en la vida local. Y muchas veces no fue primordial servir al rey, pero sí lo era prolongar una tradición familiar en ciertos empleos. Es decir, determinados apellidos comenzaron a sentirse propietarios de cargos administrativos; una especie de privatización de fragmentos del estado colonial que quedaba refrendada por alianzas matrimoniales y anudada en una endogamia difícil de romper.

Aquí puede estar el meollo de este libro, es un estudio que ha descrito una muy débil representación de la figura del rey compensada por el peso de la influencia, la tradición, el reconocimiento y el prestigio de familias que eran el resultado de abigarradas relaciones entre criollos y peninsulares. El poder era asunto de familias más o menos bien establecidas preocupadas por controlar los nichos de la administración colonial. Su autoridad era concreta y constituía un hecho a la vez político, económico y social. El rey siempre estuvo lejos y entonces fueron apellidos de gente blanca, que evocaban un cercano o remoto vínculo con abolenos hispanos, los que se

encargaron de acumular un capital simbólico que les hizo sentir y hacer sentir que eran la más natural expresión. Puede ser que los cargos más altos hubiesen quedado reservados en su mayoría para los peninsulares, pero aun así esos funcionarios tuvieron que acomodarse al entramado de intereses y conflictos en que las familias criollas ejercieron sus propias estrategias de conservación del poder en determinadas instituciones de la capital santafereña.



Queda otra cosa clara según esta obra: los peninsulares ocuparon de manera mayoritaria altos cargos electivos, mientras que las selectas familias criollas tuvieron que conformarse con la distribución de cargos subalternos. El funcionamiento de un Cabildo quedaba en manos de las familias pudientes e influyentes y se constituyó en el nicho de resistencia a los altos funcionarios peninsulares. Pero más contundente es el hallazgo de las mezclas posibles entre peninsulares y criollos, las afinidades que fueron tejiendo y cómo fue construyéndose una genealogía que habla de una relativa renovación de las elites en el control de las instituciones de justicia y de gobierno, tanto en el ámbito civil como eclesiástico. Una movilidad de las elites que, según nuestra percepción, favoreció los intereses económicos y políticos de las familias de Santa Fe. Los enfrentamientos, muy bien analizados en este libro, tuvieron como base los intereses de esas familias. El poder local osciló en los enredos de los grupos de poder locales. El rey era una lejana y muy simbólica autoridad apenas evocada en los asuntos de gobierno que intentaba ser afianzada por la figura del virrey, pero los conflictos e intereses locales terminaban siendo más poderosos y decisivos.

Este libro es imprescindible a la hora de hacer un examen de lo que fue

el Estado monárquico español y cómo fue su presencia en América en los albores de las reformas administrativas de los borbones. Es indispensable para entender el siglo XVIII, aunque su aporte quede circunscrito a un funcionalismo estatal y nos diga poco del entramado ideológico que subyacía en los propósitos ordenadores de la Corona hispana. Sin decirlo, y tal vez sin proponérselo, Vázquez Varela proporciona un panorama de un cierto grado de secularización del Estado en su estructura administrativa prolongada en América; además, esboza el peso de la formación de abogados y de su presencia en los cargos de justicia y de gobierno, lo que como consecuencia es una relativización del lugar y del influjo del personal eclesiástico en el control de la sociedad colonial.

Gilberto Loaiza Cano

Una historia ingenua

El Hospital San Juan de Dios 1635-1895. Una historia de la enfermedad, pobreza y muerte en Bogotá

ESTELA RESTREPO ZEA

Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Centro de Estudios Sociales (CES), Bogotá, 2011, 567 págs.

EN BUEN momento se publica esta investigación sobre la historia del Hospital San Juan de Dios de Bogotá. Ello coincide con las recientes gestiones del gobierno distrital para reabrir la institución y convertirla en un centro piloto para atención primaria en salud. La obra sugiere reflexiones interesantes que merecen ser planteadas, que siguen siendo actuales y que están vinculadas con el sentido de esta institución, con sus funciones primordiales y con su relación con el proceso creciente de medicalización general de la sociedad.

El libro, que es producto de una tesis doctoral en Historia, consta de seis capítulos y adopta una perspectiva de larga duración para trazar la vida del hospital bogotano; comienza su exploración en 1635 y se detiene en 1895.

La introducción de la obra ofrece un sucinto balance historiográfico sobre la institución en Colombia, donde esencialmente se valoran en forma crítica las visiones de la historiografía decimonónica y se subrayan los aportes de la historia social de la ciencia a finales del siglo XX.

El objetivo que la autora se fija es el de “narrar la gestión que el hospital hizo de la pobreza [...] y de situar el hospital en el marco de las políticas de prevención y de control”, establecidas por los gobiernos municipales, departamentales y nacionales a lo largo de dos siglos y medio. Con ese fin, en el capítulo 1, titulado “El convento-hospital 1635-1835”, inicia su recorrido en la época colonial, cuando la institución era fundamentalmente religiosa, un convento hospital, orientada por los principios de la caridad cristiana de socorro al pobre desvalido. Desde esos lejanos tiempos, este establecimiento sufría de un mal que no logrará superar, aunque la intensidad del problema será variable a través del tiempo: la permanente escasez de recursos económicos para llevar a cabo su labor en forma eficaz. La autora refiere las mejoras más significativas que se realizaron en sus instalaciones durante el periodo colonial: nueva sede, ampliación y creación de enfermerías, aumento del número de camas, entre otras. Examina, así mismo, las contrariedades ocasionadas por el ingreso de la tropa al hospital para curarse; la acentuación del déficit que esa nueva población generó, los líos que ocasionó el comportamiento “inmoral” de los soldados y el maltrato que daban a quienes allí trabajaban. Los religiosos presentaron numerosas quejas sobre estos perjuicios, explicaban que el sentido de su ministerio era cuidar solo a los pobres; pero esta situación no pudo resolverse en aquella época, pues no había forma de crear un hospital reservado a los militares; al fin, los religiosos debieron aceptar, resignados, la situación, pues “la salud de los militares era prioritaria a la de la población pobre” (pág. 90).

En este capítulo, la autora se detiene también en la exploración de algunos libros que pudieron haber sido de ayuda a los hospitalarios para desempeñar su oficio. En ellos, se exponían los fundamentos de la teoría

hipocrática en cuanto a la enfermedad y la terapéutica, así como la necesidad de la salvación y el fortalecimiento del alma para la curación del cuerpo enfermo. Sin embargo, no logra determinarse cómo estas obras orientaron sus acciones de manera específica, cómo fueron leídas, qué partes fueron más utilizadas, etc. Se echa de menos la indagación por las dinámicas de apropiación de dichas obras por la comunidad religiosa.

En el mismo aparte, se estudia el dietario compuesto por el médico Antonio Froes, inspirado en postulados hipocrático-galénicos, redactado con el fin de asistir en forma particular a los enfermos de la tropa en Santafé. El dietario revela aspectos importantes sobre las enfermedades más comunes en los soldados, o sobre el papel de la alimentación (ingredientes, raciones, horarios) en los periodos de enfermedad; pero no es posible saber si, en efecto, ese plan fue modelo de la alimentación que se preparaba en el hospital, no se exploran fuentes que podrían ayudar a determinar si ello se cumplió, si se realizó en parte o si solo se quedó en el papel como expresión de deseo.



El capítulo 2, “Vagos, enfermos y valetudinarios, Bogotá 1830-1860”, se centra en el estudio de las políticas nacionales para controlar la pobreza, en las cuales el hospital tuvo un papel fundamental, pues “los gobiernos decimonónicos institucionalizaron el encierro para garantizar el bien público o particular de los habitantes” (pág. 101). La intención de la autora es mostrar el hospital como una instancia de control social; uno de los objetivos de la obra es revelar el